



Soria. — Portada del Convento de Santo Domingo

La Historia no registra otra guerra más injusta que la de Numancia. *Segeda*, ciudad vecina y hermana, había enviado refuerzos a Viriato, que luchaba contra el invasor en la Lusitania, y los segedanos, temiendo la venganza, se refugiaron en Numancia. Roma exigió la entrega de los segedanos e intimó a los numantinos para que hicieran entrega de sus armas: he aquí el origen de las guerras de Numancia.

Nueve generales romanos sufrieron la humillación de la derrota, y se vieron obligados a firmar capitulaciones vergonzosas. Fué necesario que la señora del mundo enviara contra Numancia a Cornelio Escipión, el vencedor de Cartago, quien, viéndose impotente para vencer en campo abierto, resolvió poner cerco a la ciudad, para que el hambre doblegara el empuje arrollador de los sitiados. Sólo así podía sucumbir Numancia. Faltos de víveres en absoluto, hambrientos, alocados, no pudiendo morir como hombres, encendieron una hoguera colosal, y después de haberse batido y herido con sus espadas, unos, y atosigados otros por el veneno, se arrojaron a las llamas. Ni un solo numantino quedó a Escipión, para ofrecer como trofeo al gran Senado. Numancia fué entonces arrasada y reedificada años después, ya que existía nuevamente en el siglo II de nuestra era. Posteriormente, durante la Reconquista, volvió a ser destruida por los árabes.